

La cajera del supermercado pasÃ³ el Ãºltimo artÃ­culo por el scanner correspondiente. Se escuchÃ³ el caracterÃ­stico sonido. El lector de cÃ³digos de barras trabajaba adecuadamente. DespueÃ³s, ofreciÃ³ tiempo aire electroÃ­nico al comprador. El hombre rechazÃ³ la oferta amablemente. Luego, la mujer mirÃ³ la pantalla en donde se mostraba la lista de productos comprados, asÃ­ como el total de la cuenta. Â«Son veintiseis pesos con veinte centavosÂ», pronunciÃ³. El cliente sacÃ³ su cartera del bolsillo trasero de su pantalÃ³n de mezclilla, la abriÃ³ y mirÃ³ en su interior. TenÃ­a veintinueve pesos.

Los cuatro artÃ­culos adquiridos ya estaban dentro de una bolsa plÃ¡stica. El hermano del caballero hacÃ­a las funciones de empacador voluntario al no haber ninguno en aquella terminal de cobro. El cliente entregÃ³ a la cajera un billete de veinte pesos y dos monedas: una de cinco y otra de dos pesos. La empleada efectuÃ³ el cobro, cerrÃ³ la caja registradora y entregÃ³ al consumidor el ticket de compra, acompaÃ±ado de ocho monedas de diez centavos cada una. La operaciÃ³n concluyÃ³ exitosamente. El hombre guardÃ³ el cambio en su billetera y, entonces, pasÃ³ el siguiente comprador.

Luego de avanzar un par de metros, el hermano del cliente le preguntÃ³ a elÃ­ste por quÃ© no habÃ­a adquirido el yogur del cual le habÃ­a hablado antes de entrar a la tienda. Â«ÃDe veras!Â», exclamÃ³ el caballero. Â«De seguro no se me antojaba tanto, que hasta se me olvidÃ³Â», anfiadiÃ³ despueÃ³s de revisar la bolsa con las compras. Â«Si quieres ve por elÃ­, y aquÃ­ te esperoÂ», intervino su consanguÃ­neo. AquelÃ­ asintÃ³ con la cabeza e ingresÃ³ nuevamente al supermercado. Poco tiempo despueÃ³s llegÃ³ a la terminal nÃºmero once, la misma en la que pagara un par de minutos atrÃ¡s.

La cajera pasÃ³ el yogurt por el lector de cÃ³digos de barras correspondiente. Se escuchÃ³ el caracterÃ­stico sonido. DespueÃ³s, ofreciÃ³ tiempo aire electroÃ­nico al consumidor. El hombre rechazÃ³ la oferta amablemente. Luego, la mujer mirÃ³ la pantalla en donde se mostraba la lista de productos adquiridos, asÃ­ como el total de la cuenta. Â«Son dos pesos con ochenta centavosÂ», pronunciÃ³ la empleada. El cliente sacÃ³ su cartera del bolsillo trasero de su pantalÃ³n de mezclilla, la abriÃ³ y mirÃ³ en su interior. PoseÃ­a, exactamente, dos pesos con ochenta centavos.

El caballero tomÃ³ el dinero y lo entregÃ³ a la empleada. Enseguida, con un movimiento veloz, cogiÃ³ el yogurt situado a unos centÃ­metros de distancia, lo abriÃ³ y bebiÃ³ un poco. SolÃ³o esperaba su ticket de compra para poder retirarse del establecimiento en compaÃ±Ã­a de su hermano. Sin embargo, la cajera lo mirÃ³ fijamente y extendiÃ³ su brazo derecho; en el interior de su puniffo se encontraban ocho de las monedas recibidas. Â«Disculpe, pero no aceptamos estas moneditasÂ», dijo la mujer. El cliente se sorprendiÃ³ por el comentario. Â«ÃQuelÃ­?Â», preguntÃ³. Â«Que no aceptamos estas moneditasÂ». El hombre mirÃ³ a su hermano, quien le manifestÃ³ su carencia de dinero.

â€Disculpe, seÃ±orita, pero es lo Ãºnico que tengo. AdemÃ¡s, es el precio exacto del yogurt.

â€SÃ­, perdÃ³n, pero no aceptamos estas moneditas. Â¿ContarÃ¡ con otra forma de pago, por favor?

â€No, seÃ±orita, no tengo otra forma de pago. AdemÃ¡s, usted misma me entregÃ³ esas monedas de diez centavos hace unos minutos â€el cliente bebiÃ³ nuevamente su yogurt.

â€SÃ­, pero usted no tenÃ­a que recibirlas si no querÃ­a â€la empleada se mostrÃ³ ligeramente impertinente.

â€ÃQuelÃ­?! Pero si es dinero, seÃ±orita â€el caballero comenzaba a impacientarse.

â€Pues aquÃ­ no recibimos esas moneditas.

â€Bueno, pues entonces devuÃ©lvame mis dos pesos y ahÃ­ le dejo su yogurt â€el cliente estaba claramente molesto.

â€No se lo puedo recibir, caballero. Usted ya lo abriÃ³, asÃ­ que le faltan ochenta centavos para pagar la totalidad del producto. Le regreso sus dos pesos, pero usted debe pagar el yogurt.

â€ÃPues allÃ­ estÃ¡n los ochenta centavos! Â¿QuelÃ­ mÃ¡s quiere!

â€ÃNo me grite! Â¿Y ya le dije que aquÃ­ no aceptamos esas moneditas! Si no paga ese yogurt, voy a llamar a seguridad.

Los clientes situados detrÃ¡s del hombre se retiraron uno a uno, salvo una anciana, que permaneciÃ³ en la caja para conocer el desenlace de la penosa situaciÃ³n. Miraba a cada uno de los involucrados y asentÃ­a con la cabeza cada vez que la cajera expresaba su postura. Evidentemente, estaba de acuerdo con la posiciÃ³n de la empleada.

â€SeÃ±orita, ya le dije que no tengo mÃ¡s dinero, asÃ­ que colÃ©brese los ochenta centavos de aquÃ­.

â€Deme un peso y le cobro tres pesos. Pero no le puedo recibir las moneditas de diez centavos.

â€ÃQue no tengo! Â¿EstÃ¡ usted sorda?!

â€ÃOÃ­game, no le grite a la muchacha! Â¿Grosero! â€intervino la ancianaâ€. Para eso viene con sus moneditas aquÃ­. Â¿QuelÃ­ es limosnero o quelÃ­?!

â€ÃY usted quiÃ©n es? No se meta en esto, seÃ±ora.

â€Me meto porque quiero, no crea que la muchacha estÃ¡ sola.

â€replicÃ³ la vieja mujer.

â€ÃPor favor! â€la desesperaciÃ³n se dibujÃ³ en el rostro del comprador.

En ese instante, la cajera activÃ³ la luz de su terminal, llamÃ³ al supervisor de cajas y a un elemento de seguridad a la tienda. El oficial llegÃ³ en cuestiÃ³n de segundos y preguntÃ³ por lo ocurrido. La empleada explicÃ³ la situaciÃ³n y el cliente se mostrÃ³ indignado por lo acontecido. No obstante, el agente de seguridad le concediÃ³ la razÃ³n a la dependiente.

â€Es que aquÃ­ no se reciben estas moneditas; mejor no insista y dele el peso que le pideÂ», expresÃ³ el oficial.

â€Con usted no voy a hablar, quiero ver al gerenteÂ», respondiÃ³ el caballero. El administrador y el supervisor de cajas llegaron un minuto despueÃ³s. La respuesta recibida fue la misma: ese establecimiento no recibÃ­a aquellas moneditas. El comprador ya no sabÃ­a quÃ© hacer. Los empleados de la tienda le pedÃ­an que pagara el costo del yogurt. Con el paso de los segundos, la sugerencia se transformÃ³ en orden.

â€Pague de una vez o tendremos que llamar a las autoridades.

â€afirmÃ³ el supervisor de cajas.

